

Los heraldos negros del capitalismo financiero

Alexandre Roig¹

*“Me podría decir, por favor,
¿Qué camino debo tomar para irme de aquí?” Preguntó ella.
“Eso depende en gran medida de a dónde quiere ir” dijo el gato*

Lewis Carroll, “Alicia en el país de las maravillas”.

Hay crisis que operan desvelamientos brutales. Nos muestran lo inaceptable que aceptábamos, interrumpen la rutina y nos devuelven, aunque sea por un tiempo efímero, a la lucidez de la naturaleza del capitalismo. La crisis financiera que se desató con las *subprime*², cumple con este cometido.

Nos confirma que el capitalismo financiero reposa sobre los frágiles cimientos de la “confianza”, que las evaluaciones de los activos financieros no corresponden a un valor sustancial de lo intercambiado, que el precio no es más que su valor a futuro fluctuando al ritmo de las representaciones de los agentes financieros que lo intercambian.

Nos recuerda que cuando esta fe entra en crisis, el mundo de las finanzas tiene “efectos reales”, que nos afectan a todos en forma desigual, y que a pesar de la “normalidad” y la “regularidad” de las crisis en el capitalismo, nos siguen sorprendiendo.

Nos repite que las caídas de las bolsas pueden ser fulgurantes pero que no son menos importantes las intervenciones estatales para sostener el sistema. Cuando las finanzas de los países centrales dan un paso atrás, dejan en primera fila a los Estados y sus gobiernos que asumen y socializan el costo de las apuestas transfiriéndolo al conjunto de la población.

¹ En: *Revista Umbral de América del Sur* N°7, Buenos Aires, 2009, ISSN 1669-9904.

Alexandre Roig. Investigador del CONICET – Profesor regular de sociología económica del IDAES - Universidad Nacional de San Martín (aroig@unsam.edu.ar)

² Créditos inmobiliarios de riesgo otorgados a sujetos insolventes o poco solventes económicamente.

Nos pone cara a cara frente a la evidencia de que ya no será justificable el carácter benefactor de las finanzas desreguladas y que lo que sin dudas entró en crisis es la discursiva “neo-liberal”, por lo menos en las formas en que se venía sosteniendo.

La inabarcable envergadura de la circulación de capital que implicó e implica este proceso explica tal vez que las narraciones de la crisis financiera tengan aires de relatos de guerra donde los frentes internos se luchan en las plazas financieras externas. Tal vez justifique que los comentarios oscilen entre los augurios fantasiosos y tan poco marxistas del fin del capitalismo y las angustias tan poco simpáticas de los agentes de bolsa.

Ahora bien, si uno no se deja impresionar por los números de las vertiginosas pérdidas y de las ganancias generadas en este proceso, y si uno compara desde la experiencia argentina y el colapso general que atravesó nuestra sociedad al principio del siglo, esta crisis financiera genera cierta perplejidad que podría hasta desilusionar a los amantes del catastrofismo. No cayó ningún gobierno y no se puede atribuir la victoria de Obama a la crisis. No hay movilizaciones ni protestas significativas y masivas. No se cambia violentamente de régimen monetario. Los Estados de los países centrales muestran una capacidad y determinación de intervención en el mercado fuera de lo común. En términos teóricos, aunque sea la mayor crisis de acumulación de las últimas ocho décadas podemos decir que esta crisis no es una crisis total que implique el conjunto de lo social, como así fue la del 2001 argentino. Es una crisis esencialmente financiera, que nace en el capitalismo norteamericano y que no va a cambiar radicalmente nuestra civilización occidental capitalista.

Los efectos en los otros países son variables y todavía difíciles de medir, pero podemos atrevernos a plantear algunas hipótesis de interpretación de la crisis, por lo menos hasta que la historia nos dé la distancia suficiente para realizar análisis más finos.

Pensando el capitalismo en una perspectiva sociológica nos damos cuenta de la heterogeneidad de las formas institucionales que sostienen la acumulación de capital y de la pluralidad de sus posibles configuraciones. Podemos entonces hablar de la existencia de varios capitalismo cuyo nivel de análisis sigue siendo el ámbito nacional. En otras palabras, el capitalismo norte-americano no es el mismo que el capitalismo

francés, argentino, sueco o chino por la forma social que toman, entre otros, las instituciones sociales que organizan la acumulación. No observamos el mismo tipo de acumulación en un capitalismo con intervención estatal, que regula las relaciones salariales y garantiza derechos e ingresos universales, que en un capitalismo con sistemas individualizados de protección social y flexibilidades extremas de las relaciones laborales. La heterogeneidad de las formas posibles de acumulación se expresan más allá del carácter universal de la forma estructural explotación en las experiencias múltiples de quienes viven en estos sistemas. No es lo mismo ser trabajador en Francia, Argentina, Suecia o China. La crisis no se va a vivir de la misma forma en distintos horizontes del mundo.

Estos capitalismos nacionales hacen sistema y se jerarquizan según las lógicas de las potencias militar, monetaria y simbólica. El capitalismo norteamericano no domina el sistema únicamente por las “virtudes” de su sistema de producción sino por el dominio de su ejército, del dólar y de los atributos simbólicos de una “primer potencia” que le permiten “resolver” externamente sus contradicciones internas. En este sentido, por lo que vemos hasta ahora, ninguno de estos factores de potencia se vieron afectados. La soberanía de los Estados Unidos está intacta, no es una sociedad que corre peligro de disolución. Tiene sí que volver a encontrar la gramática de su expansión que ya no puede disimularse detrás del “neo-liberalismo”. La crisis ha demostrado que el verdadero sujeto de la acumulación del capital, el que la sujeta en última instancia, es el Estado. No hay ninguna novedad en esto, es simplemente lo que la crisis nos revela.

Para convencerse de esto volvamos un instante a la mundialización financiera tal como era hasta hace pocos meses. La mundialización de las finanzas internacionales se dio, desde los años 70, por la desintermediación bancaria, la desterritorialización de las finanzas y las desregulaciones a favor de la movilidad del capital. Pero esta dilución de las fronteras del capital no debe opacar que las finanzas mundializadas siempre tuvieron un carácter jerarquizado e institucionalizado. Se evalúa que la propiedad del capital financiero se concentra en un 90% en manos de los países centrales³ y que el principal propietario de dicho capital son los fondos de pensión norteamericano. El hecho de que los fondos de pensión sean el gran actor de la mundialización financiera implica

³ PLIHON, Dominique (2000), *El nuevo capitalismo*, Siglo XXI, Mexico.

entender lo siguiente: de la continuidad de las finanzas depende la continuidad de la jubilación de los sectores más pudientes de Estados Unidos lo cual era garantizado en última instancia por el propio Estado. Hoy en día los estados han explicitado su incidencia en la especulación financiera a través de las nacionalizaciones.

Podemos decir que una de las cosas que están en juego en este momento son los fundamentos de la vida en común en Estados Unidos, lo que en el siglo XVIII hubiéramos llamado el contrato social. El fin del capitalismo financiero o mejor dicho de la valorización financiera como proceso de acumulación es por ende poco probable. Pondría en crisis lo que André Orléan llama el individualismo patrimonial en Estados Unidos: la condición de posibilidad de ser individuo para los sectores más altos de la sociedad norteamericana está mediada por la garantía de la renta de su patrimonio, en este caso la continuidad de la rentabilidad de las finanzas internacionales. Sería por ende arriesgado, salvo si pudiéramos creer en un proceso revolucionario en Estado Unidos, augurar el fin del capitalismo financiero: su continuidad es condición *sine qua none* de la continuidad del modo de vida en común del país que domina el sistema de los capitalismos.

Por ende, podemos asumir la hipótesis que la rentabilidad financiera va a seguir operando como lógica dominante de acumulación y que el proceso actual gira en torno a la definición de las reglas sociales que van a enmarcar esta lógica.

Si lo que avanzamos es cierto, el sistema se puede enfrentar a una paradoja que por el momento sólo podemos plantear. Si consideramos que vamos a tener continuidad del capitalismo financiero por “necesidad” del país central dominante pero que a su vez la regulación por el libre mercado no funciona más, vale la pena preguntarse cómo se va a generar el proceso de producción de valor. ¿Si la valorización financiera juega justamente sobre el riesgo de las apuestas a futuro que permiten las desregulaciones y el libre mercado, cómo se van a generar estas operaciones ahora? Esta paradoja no invita por lo menos a estar atentos de que no se instauren nuevas formas de valorización que permitan la especulación y que sean por ende tan o más riesgosas como las que recién entraron en crisis así sea en el marco de una regulación estatal. Tenemos que estar atentos a que no cambien solamente los discursos de justificación y que una mayor presencia del Estado no disimule, bajo el registro intervencionista, las mismas lógicas

financieras que nos llevaron a esta crisis. Tal vez estemos asistiendo a la constitución de un capitalismo financiero de Estado, que no garantizaría la aparición de nuevas crisis pero que, además, podría generar esta vez sí una crisis total, por el involucramiento en primera y no en última instancia del Estado.

Y es en este punto donde el pensamiento crítico debe mantenerse alerta. La economía norteamericana entró en recesión, el desempleo va a aumentar y las economías del mundo van a atravesar un período igualmente deprimido. Pero la reflexión debe situarse en cada país y en cada región, no solamente pensando en cómo salir de la crisis actual sino en cómo salir definitivamente de la lógica financiera internacional que no murió con el fin de las *subprime*.

Frente a estas hipótesis, ¿cómo pensar la crisis desde la Argentina? En primer lugar podemos prever que la deuda externa va a seguir teniendo un rol importante en la alimentación de las finanzas internacionales como lo tuvo desde los años 60-70 en el mundo. La mayor intervención de los Estados se puede traducir en una mayor presión política por el pago de la deuda y un margen de maniobra menor todavía al que se tiene para las negociaciones. Es probable que observemos presiones rápidas para la generación de nuevos espacios de valorización financiera y no sería sorprendente que los países de América Latina sean objeto del canto de la sirena financiera a los que habrá que resistir.

O sea, si el capitalismo financiero se mantiene, más allá de la forma en que se regule, es probable que observemos una expansión, no una contracción, de sus espacios de valorización y, aunque sea a través de formas alternativas, a las “neo-liberales”.

En estos tiempos, tal vez sea más válido que nunca entender que estar en el viento es tener un destino de hoja muerta y que no hay que esperar las nuevas formas de regulación internacional para buscar desconectarte, lo más posible, de las lógicas financieras mundiales. Esto implica apoyar y alimentar las iniciativas continentales de bancos como el Banco del Sur, pero también re-estructurar un sistema bancario nacional y público resguardado de las lógicas mundiales y de los circuitos fisco-financieros que alimentan la deuda externa. En esta perspectiva subyace la evidencia que el capitalismo norteamericano sigue de pie y que la historia de su acumulación ha sido la de la

exportación de sus contradicciones en momentos de crisis marcando a los países un rumbo que no es el propio.

Si bien todo lo que podamos afirmar sobre el ¿qué hacer? de este momento histórico es pura especulación intelectual podemos sin embargo recordar la necesidad de entender que cómo salir de una crisis depende en gran medida de dónde se quiera ir.